

EDUCAR ES DAR OPORTUNIDADES

Por: Antonio Pérez Esclarín

Fe y Alegría de Venezuela.

Si hoy el conocimiento constituye un capital clave para insertarse productivamente en la sociedad y desarrollar a plenitud todos los talentos personales, hay que garantizar a todos, especialmente a los más débiles y necesitados, las oportunidades educativas para que cada uno pueda responsabilizarse de sí mismo y realizar su misión en la vida.

En general, la exclusión escolar reproduce y consolida la exclusión social. Son precisamente los alumnos que más necesitan de la escuela, los que no ingresan en ella, o los que la escuela abandona antes de tiempo, de modo que salen sin haber adquirido las competencias mínimas esenciales para un desarrollo autónomo. Las escuelas de los pobres suelen ser unas pobres escuelas que contribuyen a reproducir la pobreza. Si a todos nos parecería inconcebible que los hospitales mandaran a sus casas a los enfermos más graves o que necesitan cuidados especiales, todos aceptamos sin problema que las escuelas y colegios expulsen a los alumnos más necesitados y problemáticos y se queden con los mejores.

Por ello, si queremos evitar que la educación de los pobres reproduzca y perpetúe la pobreza, debemos garantizarles las oportunidades de una educación que los prepare para desenvolverse eficazmente en el mundo del trabajo y de la vida, de modo que después la sociedad no los excluya, ni ellos se transformen en excluidores. Incluir es invitar al otro a construir un mundo mejor.

No va a ser tarea fácil evitar el fracaso de los más débiles en un mundo que está organizado para reproducirlo. De hecho, la educación reproduce las desigualdades mientras legitima las instituciones que la recrean. ¿Cómo hacer para que los centros educativos dejen de ser mecanismos para la selección y la exclusión, y se conviertan en instituciones para la inclusión y la coherencia social? ¿Cómo leer el fracaso desde la escuela y la sociedad y no desde los alumnos? ¿Cómo dejar de preguntarnos por qué fracasan en la escuela los alumnos más necesitados, y preguntarnos más bien por qué fracasa la escuela con los más débiles y necesitados? Detrás de cada alumno que fracasa, se oculta el fracaso del sistema educativo, el fracaso del maestro y la familia, el fracaso de la sociedad. Posiblemente, un alumno fracasa porque no somos capaces de brindarle lo que necesita.

De ahí la necesidad de practicar la discriminación positiva, es decir, privilegiar y atender mejor a los que tienen más carencias, para así compensar en lo posible las desigualdades y evitar agrandar las diferencias. Tratar a todos por igual en un mundo desigual es favorecer más a los que más tienen, a costa de los que menos tienen.

Si educar es dar oportunidades para que todos, en especial, los más débiles, tengan acceso a una educación de calidad, es urgente que rescatemos el término calidad de las concepciones meramente eficientistas, calidad para la productividad y la eficacia, y lo entendamos en un sentido integral, calidad de la persona. Por ello, necesitamos una educación que, en palabras de Mounier, despierte el ser humano que todos llevamos dentro, nos ayude a construir la personalidad y encauzar nuestra vocación en el mundo. Se trata de desarrollar la semilla de uno mismo, de promover ya no el conformismo y la obediencia, sino la libertad de pensamiento y de expresión, y la crítica sincera, constructiva y honesta.

Educar es ayudar a conocerse, comprenderse, aceptarse y quererse para poder desarrollar a plenitud todos los talentos y realizar la misión en la vida con los demás, no contra los demás. La genuina sabiduría se resume en el principio **“Conócete a ti mismo, quíérete, sé tú mismo”**. Hoy hay muchas personas que saben muchas cosas, que están superinformadas, pero muy pocos se atreven a intentar conocerse a sí mismos, y plantearse ser sujetos de su propia vida. El actual mundo, lleno de ruidos, impide la reflexión, el encuentro consigo mismo. Muchos pasan por la vida huyendo de sí mismos, sin atreverse a bucear dentro de sus deseos, anhelos, temores y sueños más profundos. El estilo de vida impuesto por la sociedad moderna aparta de lo esencial, impide a las personas descubrir y cultivar lo que son en potencia; no les deja ser ellos mismos, bloquea la expresión libre y plena de su ser. De ahí que la genuina educación debe ayudar a los alumnos a plantearse las preguntas esenciales y a responderlas con valor. ¿qué sentido tiene la existencia?, ¿quién soy yo?, ¿para qué vivo?, ¿cuál es mi visión en la vida?, ¿cómo me concibo como una persona realizada y feliz?

Hoy, desgraciadamente, se evaden estas preguntas. No tenemos coraje para hacerlo. Si la educación no ayuda y estimula al alumno a plantearse las con sinceridad, posiblemente pasará toda la vida en la trivialidad, sin saber para qué vivió. Para poder realizarnos plenamente, todos necesitamos enfrentar el misterio de la existencia, que la vida se manifieste como pregunta y el ser humano como interrogado. En palabras de Einstein: “Podemos vivir como si no existiera el misterio o vivir como si todo fuera un misterio”.

No basta con enseñar a conocerse y quererse. El reto de la educación es enseñar a vivir con autenticidad, a ser dueño y señor de la propia vida. La vida es un don, el más precioso de los dones que lo recibimos gratuitamente, pero en nuestras manos está el vivirla con sentido o malgastarla vanamente. En nuestro mundo, pocos se arriesgan a tomar la tarea de la vida en serio y a vivirla como una aventura fascinante en búsqueda de la propia realización personal. La mayoría no se atreve a vivir y es vivido por los demás (mercado, modas, costumbres, propagandas, objetos, rutina, dinero, dirigentes...), sin el valor para ser sujetos de sí mismos. Gastan su existencia en las orillas de la vida, chapoteando en el barro de la trivialidad y superficialidad, incapaces de darle un sentido propio y personal a su existencia. La vida se va convirtiendo en un episodio irrelevante, que hay que llenar de bienestar y experiencias placenteras.

De ahí la importancia de una educación que nos enseñe a amar la vida, a defenderla, a hacerla posible para los que no pueden disfrutar de ella. Hoy la vida está amenazada y negada de múltiples formas. Miles de millones de personas no pueden vivir dignamente y apenas malviven en una miseria atroz. Otros muchos mueren de hambre, de enfermedades fácilmente derrotables, o por una violencia ciega ocasionada por la intolerancia o la miseria. Pueblos enteros sufren el acoso de una dictadura cultural que les impide ser ellos mismos, que destruye sus valores, tradiciones y formas de vida. La propia naturaleza gime de dolor ante las dentelladas de un desarrollo ciego que destruye sus entrañas y siembra la muerte por todas partes. De ahí la necesidad de una educación desde la vida y para la vida, que combata con valor todos los ídolos de la muerte: egoísmo, consumismo, codicia, violencia, guerra, opresión..., y enseñe a amar la cultura de la vida compartida. Hay que educar para la austeridad y el compartir, para la búsqueda de un desarrollo humano sostenible, que atienda las necesidades de todos y no de unos pocos, que priorice la calidad de vida sobre la cantidad de cosas, y que enseñe a respetar y amar la naturaleza. Debemos convencernos de que la sobrevivencia pasa por la convivencia, y de que el egoísmo y el ecocidio son hoy una especie de suicidio colectivo.